



EL MOTÍN



Año XXXI.

Madrid, Jueves 3 de Agosto de 1911.

Núm. 31.

En familia

Son tantas las excitaciones que he recibido para que repita á menudo esta Sección, que voy á reincidir en este número. Publicaría algunas de las cartas si el periódico fuese diario.

Algunas vienen tan expresivas, que me vería obligado á suprimir frases terriblemente gráficas. Hay en las masas mejor sentido del que suponemos.

Debo advertir, aun cuando sea innecesario, que entre esas cartas no hay ninguna de concejal para arriba. Ejerce tal influencia en los partidos populares el desempeño de cargos electivos, que á poco de desempeñarlos parecen otros los hombres que los obtuvieron.

Recuerdan al ciudadano aquel que á codazos y empujones se abrió paso hasta la taquilla de un teatro, y gritaba al tocar la barandilla á los que hacían lo que él hizo: «¡Calma, prudencia! ¡Caballeros, no empujar!»

Mientras más, menos

Este es un hecho innegable: cada día hay más republicanos y cada día se aleja más la esperanza de que venga la República.

El Pueblo vota, acude á manifestaciones y concurre á mítins; hace, en fin, cuanto le piden sus directores, deseando que le exijan otra clase de sacrificios.

Se le anuncia la venida de la República á cada paso; cuando saca diputados, cuando elige concejales, cuando se anuncia una perturbación cualquiera... Pasa el tiempo, la República no viene y el Pueblo sigue confiando en quien lo engaña.

Si estamos desunidos, le aseguramos que el día que nos unamos, triunfaremos. Nos unimos, y al par de meses cada cual por su lado otra vez. Y al separarnos, da gusto oír los piropos que nos dirigimos. Y el Pueblo tan callado y tan buen chico.

E o sí; los que durante la unión alcanzan un puesto, bien en el Congreso, bien en el Municipio, ó siquiera en un Comité, sientan plaza de personajes vitalicios y se vayan ven prudentes y meditados hasta la imbecilidad: hay Azcárrates de muchas categorías.

Esta es nuestra situación, así, por fuera; por dentro es aún peor.

Todos lo reconocemos en privado, pero, ¡ay del que lo diga en público! se le comerían si pudieran.

Nos pasa lo que á algunos atacados

de enfermedad vergonzosa; por no confesar su dolencia, dejan de ponerse en cura á tiempo, y mueren.

Frase discutible

Dicen algunos, para cohonestar el mal efecto que producen nuestras continuas divergencias y peleas:

«Todo eso prueba la gran vitalidad del partido republicano.»

No tendría yo inconveniente en admitirlo, si al mismo tiempo realizáramos actos parecidos contra carlistas, clericales ó conservadores; pero reservando nuestra vitalidad para destrozarnos mutuamente, confieso que no acabo de creer que sea ese el mejor medio de dar testimonio de nuestras energías.

La lucha es vida; la pasividad, muerte. Esto es indudable. Luchemos, pues.

Más procuremos no aplicar las grandes fuerzas de que disponemos sino á destruir á los contrarios, ó á los nuestros que decididamente y en todo momento los favorezcan, ya sea por acción, ya por omisión.

La sensatez

Si alguien pensare, al oírme hablar así, que he ingresado á última hora en la ridícula, cómoda y á veces productiva Cofradía de los Sensatos, se equivocaría. He creído siempre que la sensatez sólo sirve para encubrir deficiencias íntelectuales, ó lacras morales, ó egoísmos despreciables, cuando no para refrenar ímpetus generosos y paralizar arranques viriles.

La sensatez es síntoma de impotencia. El hombre que en amor se vuelve sensato, es porque el barómetro que gradúa esa pasión está ya bajo cero; el que se *sensatiza* en valor, porque el miedo ha entrado en su corazón; y así en todo.

La pasión sana, es insustituible acciata para impulsar á la realización de grandes hechos; en lo bueno como en lo malo; y sólo cuando deja de influir en nuestros actos, apelamos á la sensatez, para no vernos obligados á confesar que estamos ya inservibles.

Por esto admiro á los que, sirviendo ya para muy poco, no caen en la tentación de ponerse la máscara de la Sensatez.

Esperanza perdida

Antes abrigaba la esperanza de que, al ir desapareciendo por la acción de tiempo los jefes de *derecho divino*, como yo les llamaba, acabarían por si solas las diferencias que mantuvieron

siempre opuestos á los partidarios de éste ó aquel.

Hoy hasta esa esperanza he perdido. Al desaparecer aquéllos, surgieron otros que, sin sus servicios ni su historia, tienen todos sus defectos, que resaltan más por series inferiores en todo. Y sabido es que los defectos, como los vicios, aparecen tanto más grandes, cuanto más pequeños son los individuos que los poseen. Sí; no es lo mismo la ramera embadurnada con albayalde que llama con voz aguardentosa al transeunte que cruza la calle de la Justa (hoy Ceres), que la cocota que, elegantemente tendida en un coche, pasea por la Castellana. Y, sin embargo, ambas viven de la deshonra.

Por esto, á más rebajamiento de tallas, menos indulgencia debe haber para los defectos.

Una duda

Un hombre de pocos recursos guarda cuidadosamente una moneda de cinco duros (cuando empleé por primera vez este similitud aún circulaba alguna que otra) en previsión de un compromiso inaudible.

Sufre pequeñas contrariedades que evitaría cambiándola, mas no lo hace, porque ella le garantiza el quedar airoso en un momento dado.

El momento llega; da la moneda, suénala el que la recibe, y se la devuelve, por ser falsa.

¿Y qué hace entonces el hombre que la guardó tanto tiempo para poder quedar airoso? Si es honrado, tirarla. Y si no lo es, guardársela para ver si puede endosársela á algún inocente.

Y se me plantea esta duda:

Si el partido republicano, que es honrado, hubiera prescindido de los hombres que le sonaron á hueco al tocarlos, ¿se vería hoy como se ve?

Otra duda

Desconfiar de los hombres políticos á priori, puede conducirnos á la injusticia: empeñarnos por amor propio en mantener el prestigio de quienes lo perdieron, nos llevaría á la muerte.

Cuando se coloca á un hombre en la altura por creerlo adornado de las cualidades necesarias para trabajar por el triunfo de un idea, no deben regateársele ni medios ni facultades.

Pero cuando se adquiere, á fuerza de engaños, el convencimiento de que no responde á las esperanzas que en él se pusieron, debe indicársele que descienda voluntariamente de la altura, y, si no lo hace, arrojarlo de cabeza.

Y aquí otra de mis dudas:
¿Cuántos hombres del republicanismo quedarían hoy en altos puestos, si se les juzgase desapasionadamente?

Otra duda

He sido toda mi vida el protagonista de la fábula de *El zagal y las ovejas*, pero á la inversa. El engañaba á los pastorcillos gritando: ¡al lobo, al lobo!, y se burlaba de ellos cuando acudían. Yo he dado el grito ¡al clericalismo, al clericalismo! durante décadas de años, y me han respondido de verdad muy pocos.

Cuando él llamó desesperado á sus compañeros el día que destruía el lobo su rebaño, no acudió ninguno, temiendo ser burlado.

A mí me contestan ahora muchos de mis correligionarios, unos, pidiendo garantías para los lobos; otros, solicitando tolerancia para ellos; algunos, poniéndose á su lado.

Y aquí de mis dudas:

¿Serán ellos los que tienen razón, ó seré yo? ¿Si el mejor medio para acabar con los lobos será acariciarlos, y dejarlos en libertad para que sigan devorando ovejas?

A cada cual lo suyo

Atribuyóse á Alfonso XII esta frase: «Yo podré ser algún día rey destronado, pero no seré rey tronado.»

Es posible que no la dijera, mas como suya corrió en la chismosera política.

Muchos de los partidarios de la monarquía parece como si la hubieran adoptado por lema: hay excepciones honrosas: Cos-Gayon ayer, y Urzáiz hoy.

Debemos admirar en esto á los antiguos jefes republicanos: vivieron y lucharon respirando denso ambiente de inmoralidad durante la Restauración, y nadie pudo decir de ellos que se metieran, ni por sí, ni por medio de testaferreros, en negocios, contratas, subastas, ni siquiera que ayudaran con su influencia á los que por ese medio se enriquecieron... legalmente.

No; no eran ellos de los que creían que la posición política debía utilizarse para redondear la económica. Conservaban todavía algo de aquel simpático romanticismo, que si resultaba ridículo á veces, siempre sabía interponerse á tiempo entre el interés propio y la dignidad.

JOSÉ NAKENS

El amo y señor

Libertad, reacción... Palabras de escasa influencia hoy en los destinos de España.

Quien lo determina todo, y lo prepara y lo realiza, eres tú, billete de Banco.

Los cambios políticos tú los haces, drefiriendo al partido que responde

mejor á lo que en el instante aquel te conviene.

Es preciso, pues, que sigas á *toda costa* y á *todo coste* circulando en el mercado por todo tu valor, lo mismo cuando te presentes con la máscara de 25 pesetas que con la de mil.

Todos los intereses, bien lo sabes, forman una piña compacta alrededor tuyo; instituciones, clero, milicia, magistratura, clase media... Hay que defenderte, por ser tu el símbolo visible é irremplazable de todos los privilegios.

Las reformas pedidas por los unos y ofrecidas por los otros tienden al mismo fin; á que continúe tu supremacía, á detener la revolución que haría de tí un papel depreciado.

Esta es la clave de cuanto pasa. Si aquí hubiese un pueblo viril é ilustrado, pronto quedaría resuelto el problema nacional quitándote tu valor.

Pero como no lo hay, se plantearán cuatro reformas de relumbrón que en el fondo no te afecten, los bobos aplaudirán, y al compás de sus aplausos seguirá la mentira económica que representas triunfando en toda la línea y acabando lentamente con España.

Libertad y á ellos!

La lucha se recrudece entre la Libertad y la Iglesia; entre los que piensan y aman y los que rezan y maldicen.

Veterano yo en estas lides, siento entusiasmos de mozo al ver el brío con que entran en combate los soldados bisños; esto nos garantiza el éxito, á pesar de que las condiciones son desiguales, en perjuicio nuestro.

Ellos, los clericales, pueden decir cuanto quieran contra lo que amamos, sin que fiscales, ni jueces, ni autoridades gubernativas se lo impidan; nosotros apenas si podemos indicar lo que pensamos, porque inmediatamente caen sobre nosotros.

Si no fuera así; si pudiésemos los anticatólicos decir cuanto quisiéramos del clero, del dogma y de Dios, ¿adónde iría á parar todo esto en un par de años? No necesitaríamos seguramente más tiempo que ese para limpiar los cerebros de telarañas religiosas.

Pero no es posible; unas veces el fiscal, otras el gobernador, otras una señora excitada por un fraile, otras un delator despreciable, que tiene detrás un jesuita (posición peligrosa); otro un sinvergüenza que firma por dos pesetas una querrela, es el caso que no transcurre una semana sin que haya que pagar multas, prestar declaraciones, apelar de sentencias é ir y venir á las Salesas, perdiendo un tiempo que hace falta para ciscarse tranquilamente en una porción de cosas que suelen apodarse sagradas y hasta respetables.

Por esto tienen mucho más mérito las campañas antirreligiosas en España, que en Francia, donde los gobiernos facilitan la propaganda y hasta subvencio-

nan ciertos periódicos, y que en Italia, donde la pluma y el lápiz corren por el papel sin temor alguno.

Aquí hay que santiguarse al tomar la pluma para decir una verdad tan palmaria como la de que curas y frailes son muy brutos por regla general, y que los primeros tienen amas, y las amas chiquillos, y que los segundos suelen comer barbasadas impúdicas con los niños que educan.

En cambio, los cerdos clericales tienen franquicia completa para hozar con sus asquerosos hocicos en la honra de los defensores de la Libertad, sin que haya una autoridad gubernativa ni judicial que se meta con ellos.

Pues bien: á pesar de todo, los clericales llevan las de perder. Y lo saben ellos; los recursos á que apelan, nos lo dicen elocuentemente.

Animo, pues, y ¡libertad y á ellos!

¿MORALIZANDO?

El problema de las relaciones entre la moral y el derecho, ó para hablar con entera propiedad, entre el orden ético de la vida y la esfera de lo legible, ha constituido en todo tiempo un verdadero rompecabezas de la ciencia jurídica. Ni aun en los términos de plantear la cuestión han logrado ponerse de acuerdo los representantes de las diversas escuelas. Todos los criterios propuestos para discernir cuáles sean los deberes cuyo cumplimiento ha de ser encomendado á la libre conciencia individual y cuáles aquellos que ha de imponer la acción coercitiva del Estado, adolecen de dogmatismo en la teoría y de oscuridad é incertidumbre en la práctica. En este punto capital, puede decirse que el legislador camina á ciegas, á merced de las influencias ó de las preocupaciones dominantes.

Todavía es asunto de polémica el determinar si el progreso moral y jurídico consiste en ampliar ó en restringir la esfera de lo legible. Proudhon, los representantes del liberalismo kantiano y los viejos economistas, precusores inconscientes del anarquismo teórico, estimando al Estado como un mal, proclaman la teoría del menor Estado posible. Las escuelas idealistas, más ó menos influidas por la noción hegeliana del Estado, y por el concepto krausista del derecho, verdaderas avanzadas del socialismo contemporáneo, tienden, por el contrario, á ampliar la esfera de la intervención oficial.

La historia ha dado buena cuenta de lo exclusivo de esas teorías. Diríase á primera vista, que la revolución, emancipadora del individuo, no tuvo otra misión jurídica que la de poner trabas al Estado. En realidad fué esa tan sólo su función primera, destructora y negativa. Luego comienza la reconstrucción. Si el Estado moderno emancipa la ciencia religiosa, destruye la vinculación, rompe las trabas de los gremios, libera al pensamiento de la tiranía de la censura, también decreta la instrucción obligatoria, universaliza el servicio militar, impone el seguro forzoso, regula las relaciones del trabajo. Muchas cosas antes sujetas á coacción, son

declaradas libres; muchas otras que eran libres en el antiguo régimen, son reglamentadas. La fórmula del progreso no está en que la acción del Estado se restrinja ni en que se amplíe. En cada etapa de la civilización, el Estado impone como forzosa aquellas obligaciones cuyo cumplimiento estima á tenor de las ideas dominantes, necesario é inexcusable para la convivencia social, y deja el resto confluído al arbitrio del individuo.

Esto constituye evidentemente un hecho, pero no un criterio. ¿Cómo saber, en un momento dado, qué es lo que debe considerarse libre y qué lo sometido á reglamentación? Como todos los problemas prácticos, es este cuestión de apreciación personal, de más y de menos, de tacto discreto para juzgar las circunstancias del caso, y por tanto de resolución siempre en alguna manera arbitraria.

En esa arbitrariedad está el peligro. Negar al Estado toda iniciativa ética, rehusarle toda intervención eficaz en el mejoramiento de las costumbres y reducirle al papel, meramente pasivo, de ejecutor de las sentencias morales de la conciencia social, no parece cosa razonable. Representa el Estado la función reflexiva del espíritu público: ¿cómo no ha de tener iniciativas morales? ¿Cómo cabe pretender que la misma institución de quien se solicita la propagación de la cultura y el fomento de la riqueza, deje de su mano el más precioso de todos los intereses sociales?

Pero el Estado no es un ser abstracto. Guafante los hombres á cuya gestión se encomiendan los intereses colectivos. Y tratándose de materia tan delicada, ¿no habrá nada que temer de sus errores, de sus prejuicios, del propio exceso de su celo? ¿No se arriesgará al someter la libertad de todos á la tiranía de parciales opiniones ó de individuales criterios? La moral de un cuáquero no es la de un católico; la de un libertino difiere esencialmente de la de un asceta. El jansenista austero abomina de la relajación del jesuita. La Sociedad de Padres de familia pone casi toda su pudibundez en la relación de los sexos. Hay quien tiene por único ideal de moralidad el comulgar por Pascua florida.

He aquí la razón que impone al Estado una gran circunspección en asuntos que inmediatamente afectan, no sólo á la libertad individual, sino á las susceptibilidades más íntimas del espíritu. Para moralizar al clero, dictó la Iglesia la ley del celibato, fuente de tantas impurezas. Para remediar el lujo, sedieron las leyes suntuarias, monstruoso atentado contra la individual autonomía, por el cual el soberano se metía á hacer el presupuesto de las familias. Las disposiciones dictadas contra la usura fueron funestas á la libre contratación. A cada paso muestra la historia los efectos perniciosos de esa solicitud con que los representantes del poder han solido pretender llevar la moralidad á todas partes con la sola excepción de su casa.

¿Quién sería capaz de dictar las reglas que han de regular materia tan intrincada? Hay, no obstante, una norma, aunque negativa, infalible. Si el Estado, que pena el juego, mantiene timba; si los funcionarios del poder que persigue el desafío, se batan en duelo, esas prohibi-

ciones y esas penas deben desaparecer. La ley que las dicta no puede cumplirse. Es peor que una ley muerta, una ley vejada, escarnecida, que sólo puede servir para mengua de la autoridad y sonrojo y afrenta del Estado. A cualquier predicador es lícito pelir á sus oyentes que hagan lo que él dice y no lo que él hace. Al Estado le es esto moralmente imposible. Y es que el prebital calor recomienda, exhorta, aconseja, en tanto que el Estado ordena, impone, sujeta, obliga. ¿Y hay nada tan irritante como esa ley del embudo por cuya virtud el poder emplea la fuerza para cohibir al ciudadano, imponiéndole una obligación de que él se considera exento?

Sea cual fuere la eficacia y validez de las razones que militan en pro y en contra de la prohibición legal del juego, sobre to las ellas destaca, como cuestión previa, la relativa á este ejemplo que da el Estado. Si ha de prohibir el juego, no puede seguir teniendo banca. Nunca será tan inmoral la libertad del vicio como el espectáculo de ese odioso contraste entre lo que el Estado veda á los demás y lo que á sí propio se permite. En tanto subsista la lotería, la prohibición del juego parecerá destinada á evitar á la *chirlata* nacional los perjuicios de la competencia. ¿Por qué escandalizarse de la tolerancia retribuida que ha sido recientemente descubierta? Está en la lógica del mal. Es la liberalización de la timba. Es el desestanco del vicio. A fuer de liberales, nuestros gobernantes quisieron acabar con un monopolio. El juego era libre en la libre restauración. Únicamente pagaba tributo, como paga su matrícula el alumno que quiere gozar de las ventajas de la libertad de enseñanza. Ni más ni menos.

Bien parece el Estado moralizarlo; moralizado, aun pareciera mejor. Mientras, como al presente sucede, sea él quien mata, roba, juega y miente, ¿con qué autoridad perseguirá á los asesinos, ladrones, jugadores y embusteros? Antes de tirar la primera piedra, haría bien la institución jurídica en echarse, como es uso decir, un adoquín en el bolsillo.

ALFREDO CALDERÓN

A M D G

La vida en los colegios de Jesuitas.—Novela de Ramón Pérez de Ayala.

Al autor

Mi primera palabra ha de ser esta: ¡Perdón!

Y he de pedirlo por no haber leído antes su novela de exuberante filigrana y de espiritualidad maciza.

Su novela no es novela, sino historia; de novela tiene solamente el arte de hacer vivir los personajes y de revivir las cosas que van apareciendo á la lectura.

Y además de esto tiene la genialidad de la presentación y crítica bisturil que clava su corte en la *vida jesuitica* hasta descubrir el hueso de los preceptos constitucionales de que proceden las cortezas exteriores.

Usted ha vivido aquello: no escribe, sino que describe.

Y en el libro aparece la verdad sol-

da vestida de una primorosa galanura literaria.

Mal año para los jesuitas habrá de ser el de 1911.

Contra ellos preparaba una novela *Fogazzaro*, y otra Pérez Galdós. Alberola acaba de publicar su libro *San Ignacio y los jesuitas*. Julio Cajar su novela primogénita, y otros se anuncian que parece están en gestación.

De lo que serán los venideros, sólo puede calcularse por el crédito de los autores; de la novela de usted puede afirmarse con seguridad que merece, en su estilo, catalogarse entre *L'Empeinte* de Estanislé, soberbio análisis del Mariano salido del colegio que usted describe; entre las obras de *Prevost d'Exiles* que atacan otros puntos flacos de la Compañía; *El Juicio Errante*, de Sué, que hace la autopsia al *transjesuitismo* de los de cuarto voto, el *Barrido hacia dentro*, que pinta la frivolidad y ridiculeza de los padres graves, la *Araña Negra* de Sarmiento, que les persigue en algunas de las excursiones de caza por la alta sociedad, y *El Divorcio de la Condesa*, que los sorprende en sus intrigas con el alto clero.

Falta todavía tratar muchos aspectos del jesuitismo y dar el debido realce á muchos tipos clásicos del instituto. Sin embargo, con estas obras se puede componer una *biblioteca jesuita* más que aceptable.

Sólo una dificultad me preocupa, amigo Ayala: y es la *aceptación del libro*.

No cabe dudar de que la firma del autor y el título de la novela le darán curso rápido y expansión ancha entre los amantes de las letras y los liberales; pero su libro, además de la dulcedumbre genial, tenía un objeto de gran utilidad y oportunidad en otro público: el público *jesuita*. Ahí es donde podría producir todos los frutos que usted se propuso indudablemente recabar en las familias, y sobre todo en los padres de los alumnos jesuitas.

Si la *Liga antipornográfica* no fuese una liga encubridora y fautora de la pornografía monástica, y si la Junta de la *Trata de Blancas* tuviese el sentido común bastante para apreciar y detestar la *Trata de lilas* conventuales, esas dos entidades tomarían por su cuenta la propagación del libro en las familias aquellas.

Si el anticlericalismo oficial no fuese de percalina, el Ministerio de Instrucción habría declarado ya su novela de *utilidad pública* y la *Academia de Ciencias Morales* le habría nombrado á usted socio correspondiente.

Pero se hará lo contrario. Los que antaño quemaron como herejes á los anatomistas por practicar la autopsia de los cadáveres, son esos mismos que ahora procuran freír á los que hacen la anatomía de estos cuerpos religiosos y políticos purulentos.

Busque usted manera de hacer llegar á su verdadero destino su novela y con ello habrá logrado hacer dos obras: una de delicada literatura y otra de beneficencia social.

Lo cual le desea A. M. D. G.,

RICARDO MAYOL



EL MOTIN



El inquisidor general Pedro Arbués condenando á la hoguera á una familia de herejes.

Ayuntamiento de Madrid

(CUADRO DE GUILLERMO KAULBACH.)

El banquete á Morote

Fueron al banquete muchos de los que no asisten á banquetes; y no fueron por ser banquete, sino por ser expresión de algo más significativo, á saber, por ser un acto simplemente anticlerical.

No fueron otros banqueteros de profesión, por eso mismo.

Por lo cual el acto ha resultado ser un contraste del valor anticlerical y una limpieza de cascos de nuestra nave.

Desde el punto de vista político, los republicanos, con el fuerte contingente que dieron, demostraron lo que debían demostrar con tal acto de cariño á un campeón anticlerical, que milita ahora en el campo contrario. Los monárquicos, al no temer incurrir en las iras de sus dioses y al evocar los nombres de Mendizábal y de Aranda, demostraron que el monarquismo eucarístico, inyectado en la monarquía constitucional, no es el único que reina en aquel campo.

Ambas tendencias proclamaron unánimes que el *clericalismo es el enemigo* de la Patria española y del Progreso humano, y que, cuando Canalejas arrastra la bandera anticlerical monárquica y Azcárate la anticlerical republicana, en ambos campos habrá quien sabrá recogerla.

Desde el punto de vista religioso hablaron los protestantes españoles, ofreciendo su concurso á la campaña anticlerical. Iban allí á hacer *anticlericalismo* y no á hacer *protestantismo*, de igual modo que los republicanos se abstuvieron de hacer *república*, y *monarquía* los monárquicos. Sendo una revista de fuerzas y un acto de congregación y reserva, fueron bien recibidos para compañeros de lucha.

Las dos notas salientes diéronlas el periodista portugués Tomás Guidice cantando una sentida, entusiasta y levantada apología de la *república anticlerical portuguesa*, explicando la conciencia de la gente de la revolución, y el señor Morote en un magnífico discurso de tonos vivos, exhibiendo sin rebozo su maciza alma anticlerical en filosofía y en política.

Para el ritual de EL MOTÍN esta señal es suficiente. Falta ahora la Postdata.

Todos los oradores abundaron en las mismas ideas, que eran las de los asistentes. El banquete no había de ser fin, sino principio de algo.

Una jura de bandera y una revista de tropas.

Hablé del banquete en otro número. En este solo quiero hacer constar que todo, absolutamente todo lo que dijo Morote en su discurso, lo suscribe EL MOTÍN. He oído pocas veces (creo que ninguna), atacar al clericalismo con más valentía, más lógica ni más sentido común y político.

Desde el cortijo (Sonetos... hasta cierto punto)

Intermitentes

A las risueñas márgenes del río un punto descansar de la jornada achelo... está mi frente calcinada por el calor del fatigoso estío.

¡Edén encantador! ¡Paraje umbrío! ¡Oasis para el ánimo apenado!

E agua cristalina y serenada contrasta fiel con el destino mío.

Infeiz del que gime y se desvela por hallar en el mundo la ventura.

Mi alma tu dulce placidez anheja

¡Oh río para mí de linfa pura!

Pero frío mortal mis huesos hiela... el frío de la ardiente calentura.

El fin del amor

Ufano, alegre, ávido, poderoso, la coruscante cola ensortijada y la rejiza cresta levantada canta el gallo altanero y orgulloso.

Más ardiente que el sol y más celoso que un turco, de que apunta la alborada no hay gallina ni polla recatada que no rinda galán y capichoso.

Indolente súltan en el serrallo pasa la vida amando y siendo amante á quien el ansia del amor desvela.

Mas viene el capataz, apresa el gallo, el cuello le retuerce en un instante y tanto amor acaba en la cazuela.

La libertad de los campos

Conal rota su prisión el prisionero, aspirando el ambiente regado, Perico por el monte y por el prado jinete en un bridón corre ligero.

¡Oh santa libertad por la que muero! quien vive en la ciudad no te ha gozado. Sólo en el campo es libre el desdichado, sólo la libertad del campo quiere.

Tal exclama Perico. Sus razones disipan de su frente la tristeza como disipa el sol la noche triste.

Mas salen al camino dos ladrones, á Perico amordazan con presteza y hermosa libertad, ¿adonde fuiste?

Víctima y verdugo

Por el prado cubierto de tomillo, de lirios y violetas salpicado, siguiendo á la ovejuela, desatado bala y trisco contento el corderillo.

Escucha de' pastar el caramillo y salta y corre y échase á su lado en tanto que e zagal desapiadado saca de seno el matador cuchillo.

Ante el verdugo apenas si respira, el cuello dobla al hierro que le hiere, su sangre por la herida se desata en lios de cora, doiente mira con tiernos ojos, y callado muere el corderillo lamendo que lo mata.

D. LORENZO DE MIRANDA

Verdadero Catecismo de la Doctrina Cristiana, para uso de las escuelas neutras

(Continuación.)

LECCIÓN IV.—DE LA PERSONALIDAD DE DIOS

PADRE.—¿Qué me dices de la personalidad de Dios?

HUJO.—Lo que se dice de lo principal debe decirse de lo secundario: que si Dios es un concepto, son también conceptos sus modos y condiciones; cada cual lo concibe á su modo.

P.—¿Cuáles son los principales conceptos de Dios?

H.—El monoteísmo, que afirma una personalidad; el maniqueísmo, que afirma dos; el trinitarismo, que afirma tres; el quatrismo, que afirma cuatro y el politeísmo, que afirma muchas.

P.—¿A qué sistema pertenece el sistema católico?

H.—El sistema católico no puede reducirse á ningún sistema; por un lado afirma el monoteísmo y por otros varios lados lo afirma y excluye.

P.—Explicame cómo se verifica.

H.—Afirma «sólo Dios», cuando lo concibe y enseña como principio creador del Universo; afirma el maniqueísmo, cuando pone á un ser eterno principio de todo bien, llamándolo Dios, y otro ser principio de todo mal llamado diablo, en guerra eterna contra el otro. Luego subdivide el principio del bien en tres conceptos, que llama Padre, Hijo y Espíritu Santo; luego subdivide su poder sobrenatural en nuevas clases de ángeles y de santos, y asimismo subdivide el mal en varios órdenes y jerarquías de diablos.

P.—¿Qué relaciones establece el catolicismo entre su mundo conceptual divino y el mundo conceptual humano?

H.—Establece que Dios creó al hombre débil para la virtud, é ignorante de la verdad; que luego Dios y el diablo le tientan á seguirles uno contra otro; que si acierta á seguir á Dios, se hace semejante á los ángeles; y si sigue al diablo se hace semejante á los demonios. A éstos los llama perversos en vida y condenados en muerte; á aquéllos los llama justos en vida y después de la muerte santos.

P.—¿Enseñó todo esto Jesucristo?

H.—No enseñó nada de esto.

P.—¿Cuál fué, pues, la misión de Cristo?

H.—Enseñar contra los judíos que Dios es Padre de Amor y no Tirano irascible como Jahová, y que es padre de todos los hombres, siendo éstos todos hijos suyos y hermanos entre sí.

P.—¿De dónde han sacado los católicos todas aquellas ideas?

H.—Algunas las han sacado de las ideas confusas del Evangelio; otras del Talmud de los Judíos; otras, como el culto de los santos las sacaron del paganismo, y otras las han producido ellos ó provienen de orígenes ignorados.

LECCIÓN V.—DE LA RELIGIÓN Y DE LA IGLESIA

PADRE.—¿Qué es la Religión?

HUJO.—Una palabra que significa el conjunto de doctrinas y máximas acer-

Y es deber nuestro decírselo y decírselo en cara, aun cuando gruñan y se enfurezcan y amenacen, porque esto cantan ellos que deben hacer los heraldos de la verdad, con toda audacia y desprecio de tiranos inquisidores.

Y esto lo cantan en esta Homilía de San Eulogio, obispo electo de Toledo, libro I del *Memorial de los Santos*.

¡Convicto y confeso!

Al propio cardenal debemos decirle que debo ser irreprochable, contentándome con una sola mujer, sobrio, prudente, virtuoso, pudibundo, hospitalario, instruido; no borracho, no feroz, modesto, no pendenciero, no avaro, engendrando y educando castamente sus hijos, no hinchado de soberbia, no fanático, sin crimen y libre de tacha. Sencillo, aseguible pastor de sus ovejas y no «redañador y esquilador»; cultivador de la vña y no vendimiador; todo para todos, y no todos y todo para él; frecuentador de pobres y no de poderosos; visitador de cárceles, no de palacios; erguido ante los fuertes y molesto ante los débiles; distribuidor de sus bienes y no acaparador de los bienes ajenos... Y si os pregunta que por qué le decís esto, respondedle: porque tú lo cantas en latín el día 23 de Enero, en el rezo de San Ildefonso, sacándolo de la *Epístola de San Pablo ó Timoteo, capítulo 3*.

Y a él y á todos los clérigos y frailes, podéis decirles que, si quieren pasar como ministros de Cristo cobrando el sueldo y honores de tales, lo primero que deben hacer es cumplir la doctrina que predicán; siendo principal deber suyo «brillar más que por la autoridad y por los ornamentos, por la humildad y mansedumbre de espíritu»; pues de lo contrario «pierde toda su autoridad el que no practica lo que predica», y en vez de hacer creer en el bien que dice, enseña á hacer el mal que hace, porque, así como es verdadera la doctrina confirmada por las obras, resulta argüida de falsedad por las obras la que se predica y no se cumple; el que tal hace, á sí mismo se declara un sinvergüenza y un cínico. Estas verdades tan castellanas y tan hermosas podéis repetírselas á cada paso, porque son las que el cardenal canta en el Breviario de Toledo, sacándolas del libro 3 cap. 36 del libro de las *Sentencias de San Isidoro*, arzobispo de Sevilla.

Testigos de cargo: sus Santos

Y pues ellos se llaman hermanos y sucesores de los santos de Toledo, decidles que sucedan á San Pedro Pascasio en el «distribuir á los necesitados sus grandes rentas, y en darse ellos como fladores de presos y cautivos, constituyéndose presos ellos mismos, si es preciso, para libertar á los pobres padres de familia que tienen abandonados sus hijos y enlutado con su ausencia el hogar»; que sucedan á Santo Tomás de Villanueva, que «lleguen á que darse sin capisayo y sin sotana para vestir á esas pobres criaturas que andan desnudas por vuestras calles», y que «repartan á los pobres, no sólo las rentas de sus prebendas, sino las misas de sus herencias, hasta que jarse sin cama en donde dormir»: decidles al cardenal y á los frailes, y sobre todo á los jesuitas, que sucedan á San Pedro

Regalado, en grilar la rapacidad y avaricia de los frailes, «aunque hayan de incurrir en sus iras y persecuciones»; y que, en vez de dedicarse á confesar damiselas y á escarbar conciencias de enamorados y de viejas ricas, vayan á busca de enfermos, «lamiendo si es preciso, con la lengua, las heridas de los propios leprosos»; que sucedan á San Isidoro, repartiendo á los miserables hasta la última peseta, para poder morir pobre como Cristo en la cruz; que brillen por su amor á los menesterosos y afligidos, como San Julián, y que, si acaso recibieren alguna ofensa, no digo de pluma sino aun de bofetada seca, que duela más que la pluma, en vez de acudir furiosos á los tribunales, hagan como el Santo al verse abofeteado por el eunuco del rey, ofreciéndole la otra mejilla, y diciéndole sonriente: «ahora te invito á que iguales un carrillo con otro»; decidles que sucedan á San Eladio, en su humildad de ayudar á los pobres aguadores y maletas á llevar sus cargas, y á no querer comer sin antes cerciorarse de que habían comido todos los feligreses y diocesanos. Porque todos estos ejemplos cantan en latín el cardenal y sus coros, en las fiestas de estos respectivos santos, según lo trae este Breviario de Toledo.

¿Sucesores de quién?

Y si os contestaran que vosotros no sois sus directores espirituales y que no necesitan de vuestros consejos, replicadles: que sabéis bien y lo podéis decir cantando, si es preciso, que estos obispos eran obispos por ser santos, y que ellos no son santos por ser obispos, sino que pueden ser unos ilustrísimos y reverendísimos perillanos, según lo cantan ellos en latín en la fiesta de San Julián, sacándolo del arzobispo de Toledo Félix, que dijo «*omnes namque sancti episcopi, non tamen omnes episcopi sancti*».

En esto demostrarán ser sucesores de los santos siendo santos; pero si son diablos, serán sucesores del diablo por más que se vistan de santos, de frailes ó de obispos, en cuyas mañas está adiestrado desde hace mil años el diablo; porque si quieren ser honrados como santos, sean santos; y si son diablos, no se quejen de verse tratados como tales. Ved ahora si lo que hoy pretenden esos sucesores, es suceder en la santidad y en el bien; antes parece que se proponen suceder al diablo en lo que son, y en ser tenidos por sucesores de los santos por vestirse con el hábito y con el título de lo que no son.

Y en este sentido os digo: tan sucesores son de los santos ellos como vosotros. La toma de sus títulos hereditarios es una usurpación; pues el honor y veneración que aquellos ganaron con sus obras buenas, lo renuncian estos con sus obras malas.

¿Ministros de Cristo?

Os dirán que son ministros de Cristo. Pero ¡ojalá cogid el Breviario y buscad la Homilía de San Agustín, tratado 51 sobre San Juan, que el cardenal canta en el coro, en donde se lee lo siguiente: «El que pretenda ser mi ministro, que me siga—dice Cristo.—¿Qué es esto de seguirme? Es sencillamente imitarme... Que me siga é imite, sin exigir precio (sin sueldo, sin renta y sin honores)». Y echadles á la cara estas pre-

guntas de San Agustín: ¿Creéis que es ser ministro de Cristo el llenar de velas sus altares, de lámparas sus templos, de músicas sus fiestas, de incienso sus sagrarios, limpiar las patenas, echar bendiciones, consagrar hostias, bendecir aguas y cantar coplas, que es, como dice el Santo, prepararle las cosas materiales para el cuerpo, guisarle la cena, servírsela y escanciarle el vino, como lo hicieron en su vida Marta y María?... No, señores obispos y frailes; no consiste en esto el oficio de ministro de Cristo; porque bien sabéis, toda vez que lo cantáis, que San Agustín dice sobre esto: «¡De este modo corporal y material también le sirvió Judas el perdido!» El era precisamente el administrador, y si bien hurtaba lo que buena mente podía, hacíalo con discreción, sin por esto dejar de preparar las comidas y sin dejar de pagar las posadas. No es de estos de quien dijo Cristo: «donde quiera que Yo estuviere, allí estará mi ministro conmigo»; sino que el ministro es el que hace lo que El hacía, es decir, lo que en las circunstancias de cada cual haría Cristo.

Ya lo véis, señores ministros titulares: para ministros como vosotros sirve cualquier Judas; pero si no sois más que Judas ni hacéis más que Judas, no vengáis á pedir los honores de los mártires; pedid como único premio lo único que habéis ganado con vuestro ministerio: la horca de Judas.

Los buenos ofensores de Cristo y los malos defensores

Os dirán que ellos son ministros y defensores de Cristo, y para probarlo os presentarán las querellas de la Defensa Social contra EL MOTÍN; los requetés carlistas; las sentencias de los jueces y fiscales contra escritores y propagandistas; los fusilamientos, cárceles y destierros de Cataluña; las guerras civiles y, sobre todo, las hogueras de la Inquisición.

Pero ¿es así cómo se defiende á Cristo? Preguntádselo al cardenal y al coro de canónigos, y les oiréis responderos cantando estas palabras de San Agustín, tratado 116 sobre San Juan:

«Sic regnum, quod de hoc mundo non erat, superbum mundum non atrocitate pugnandi, sed patiendo humilitate vincebat; sic illud granum multiplicandum seminabatur horribili contumelia, ut mirabili pullularet in gloria.»

Voy á hacerlos de intérprete. El coro os dice cantando: «El reino que no era de este mundo lo conquistaba Cristo luchando con el mundo, no con la atrocidad de la pelea, sino con la humildad del sufrimiento; sembrando el grano de la bafa horrible que padecía, para que fructificase después en la gloria».

Y así luchan los cristianos y así vencen y así deflenden á Cristo, no acusando, sino siendo acusados; no persiguiendo, sino siendo perseguidos; no matando, sino muriendo; no siendo verdugos furiosos, sino siendo mártires apacibles. Preguntádselo á las cabezas de Santa Ursula, Santa Eufemia y San Alejandro que guardáis en la Catedral; preguntádselo al brazo de Santa Dorothea y al cuerpo de San Reynoldo...

Los sayones de Cristo

¿Los enemigos de Cristo? Sí, el cardenal y sus sectarios hablan de los enemigos de Cristo... ¿Sabéis quiénes son?

No les hagáis caso cuando les oigáis decir que somos nosotros: lo dicen de mentirijillas. Si queréis sacarles del cuerpo la verdad, id á la catedral el día 5 de Mayo en que se celebra la fiesta de las Espinas de la Corona de Cristo, y allí os lo dirá cantando el cardenal, en la lección segunda del segundo Nocturno, sacándolo del sermón de San Antonio, que es el 19 de San Cipriano. Oído, que vale la pena de saberlo.

Cuenta el santo la crueldad de los sayones al clavar en la frente de Cristo la corona de espinas; y dice que ahora ya no pueden los hombres clavarle con las espinas materiales, pero sí le clavan otras espinas no menos dolorosas. «Las espinas—dice—que á Cristo le clavaron con sus manos los judíos, nosotros se las clavamos con nuestra sensualidad, no alanceando precisamente sus sentidos físicos; pero, sí, clavando su corazón con las malas obras... El que pudiendo socorrer al necesitado no lo socorre, ese tal martiriza á Cristo y le da á beber hiel en vez de vino. El que cierra sus graneros al hambriento y sus arcas al necesitado, este no trae á Cristo el alimento saludable, sino los cardos de la avaricia»; de modo que los cristianos, los católicos los beatos, los clérigos, son los sayones de Cristo que le aprisionan entre ellos y luego le martirizan con sus obras de crueldad, de avaricia, de soberbia, de tiranía, de hipocresía y de maldad.

Le administran esto: la corona de espinas, los azotes, los escarnios, la hiel y vinagre, haciendo genuflexiones gatzmoñas y golpeándose el pecho diciéndolo: *Dios te guarde, rey de los cristianos...* jefe de los inquisidores, protector de los banqueros usurarios, contertulio de tiranos, Dios de la soberbia y de la vanidad... Dios mío: yo te saludo...

S. PEY ORDEIX

La gran mina

En la hoja de un Almanaque de pared correspondiente al 18 del pasado, leo:

"Obras son amores

Véase la forma en que han sido repartidas entre los pobres las limosnas recaudadas en 1907 por la Sociedad de San Vicente de Paul:

Francia y sus colonias, 2.000.000 de pesetas; Holanda, 1.945.000; Estados Unidos, 1.930.000; Inglaterra y sus colonias, 1.634.000; Bélgica, 1.200.000; Alemania, 910.000; Austria Hungría, 903.000; Brasil, 741.464; España, 741.456; México, 314.000; Italia, 394.000; República Argentina, 130.000; Suiza, 118.000.

Más de doce millones de pesetas.

Estas cifras prueban que si se hace para los pobres algo práctico y provechoso, es debido á la caridad de los católicos.

Los socialistas y librepensadores son más modestos. Se contentan con hablar mucho de filantropía y de igualdad, y pare usted de contar.

Para comentar eso, me faltan dos datos importantes.

1.º Saber si son verdaderas esas cifras.

Y 2.º Enterarme de cuantos millo-

nes se han quedado entre las uñas de los clericales de lo recaudado para los pobres.

Estos son, como es sabido, la mina más rica de las gentes de Iglesia. Sin ellos, no tendría pretexto para saquear sin riesgo de ninguna clase.

Lo contrario que le ocurría á aquel famoso bandido Diego Corrientes: se dedicaba á lo mismo, mas exponiéndose á recibir un balazo de los escopeteros, ó subir á la horca.

La última tentación de San Antonio

El solitario iba á cerrar sus ojos, cuando una forma humana se irguió ante él. Era la Virgen María. Una túnica luminosa descendía púdicamente hasta sus pies, y ceñía su cabeza una refulgente aureola de oro. Se arrodilló sobre su estera ante la radiante aparición y oró largo tiempo con la frente inclinada hacia la tierra.

Pero al levantar la cabeza no vió ante sí más que una mujer desnuda. Una abundante cabellera rubia flotaba alrededor de sus sienes y se deslizaba como un torrente sobre sus hombros. El puro matiz de las azucenas inundaba todo su cuerpo desde el cuello hasta los tobillos. Dos rosas florecían sobre su pecho, un tanto encendidas, y todo su ser despedía divina claridad. Miraba á Antonio sin hablar ni sonreír, viva como una llama y muda como una estatua.

—¿Qué me quieres?—preguntó él brutalmente.

Aún permanecía arrodillado. La magnífica criatura abrió sus brazos como para llamarle, pero sus labios no se movieron.

—¡Vete de ahí!—gritó él.—¡Vete, execrable podredumbre, vaso de inmundicias, excremento de Dios, que te creó en un día de desaciertos! To los los perfumes de la tierra no disiparán el olor de testia que existe en tí; veo la garra del demonio bajo tu pie. El es quien te envía para tentarme, ¿no es eso? Hueles al azufre del infierno; él es quien sopla la mentira y la lujuria por tu boca. Tienes el infierno en tus ijaes, temblorosos como los de las perras; en tu vientre, donde ha dejado su estigma impuro; en tus pechos voluptuosos, que quisiera ver secos para siempre. ¡Vete! To lo cuanto proviene de tí es ilusorio y vano.

La incomprensible aparición no se movió. El asceta se tendió de nuevo sobre su estera, volviendo la cabeza hacia la pared para no verla, pero la pared se hizo de pronto transparente y reflejó la imagen de la joven. Quiso arrojarla fuera, pero temió pecar tocándola y no realizó su intento.

Al notar que bajo la línea suave de sus cejas sus ojos tenían tranquila dulzura como el brillo de las estrellas en el cristal de las fuentes, creyó reconocerla y exclamó:

—¿Por qué no has envejecido? Eres tú, ¿verdad? Si, tú eres la que veía en mi juventud correteando con las compañeras de tu edad. Yo te miraba al pasar, y largo tiempo después de haberme alejado, te oía reír. ¡Ah! tuve hasta el secreto deseo de tomarte por esposa. Te reconozco. ¿Por qué no has envejecido? Los frutos de tu amor dan la muerte y eres la eterna perdición. Tus miradas, no obstante, tienen la misma viveza, y tu piel es siempre semilla sabrosa y fresca como las frutas silvestres de primavera. ¡Oh! Déjame. Mi barba no tiene más que á los blancos, mi sangre late fría bajo mis venas, y tu imagen, después de treinta años, no me tienta ya, porque me he despojado de todas las miserias de los hombres. ¡Vete! Rogaré por tí, hermana mía.

Al acabar de pronunciar las palabras «hermana mía», tuvo el presentimiento de que había pecado, y que su enternecimiento era una falta. No estaba en estado de gracia, puesto que aquellos lejanos y despreciables recuerdos le resultaban

Cogió la cuerda que sostenía el cilicio alrededor de sus riñones, y se flageló rápidamente. Después cayó nuevamente de rodillas elevando su alma á Dios. Pero aun con la frente prosternada hacia el suelo, y por más ardiente que era su invocación, volvía á ver la espléndida imagen. Bajó los párpados y la vió aún. La triste choza estaba como iluminada.

—¡Dios mío!—exclamó el santo.—Esta es la que yo quería para mujer. Me he destrozado el corazón, he vivido en el destierro, he renunciado á la suave almohada de su garganta para colocar mi cabeza en los guijarros del desierto; pero soy su cómplice, puesto que mi espíritu permite que vuelva á mi memoria, y tu servidor acepta la irremisible condenación, solamente por haberla reconocido. Pero quitála ahora de mi presencia, y yo ayunaré durante cuarenta días y durante eso, cuarenta días no dormiré.

Se levantó; ella no había cambiado de sitio. Comprendió él que el Señor le abandonaba á su propia cordura; quiso flagelarse otra vez, pero vió que ella se sonreía. Entonces la cólera le cegó, y fué hacia la hembra y levantó su cuerda, que silbó en el aire y cayó sobre la tentadora.

Creía que ésta iba á desaparecer, pero no hizo un solo movimiento. Antonio vió dos lágrimas rodar por sus mejillas, y como su brazo volvió á caer de nuevo sobre ella, pudo comprobar que no estaba desnuda. Su túnica luminosa caía sin un pliegue desde sus espaldas á sus pies. Pensó que acaba de agravar su falta, y, por un extraño milagro, aunque ella no había despedido sus labios, la oía hablar distintamente.

—No, no he envejecido—decía.—La vida se desliza y yo estoy siempre bella. No son los frutos de mi amor los que dan la muerte, sino las doctrinas del Dios á quien ruegas.

—Tú blasfemas—pensó el santo.

—El Creador me ha hecho á tu semejanza—prosiguió ella.—He sufrido como tú en mi corazón inquieto y en mi lastimada carne. Yo también he querido mutar en mí el deseo, mas Dios no lo ha querido, puesto que no me ha ayudado. Soy más poderosa que él; soy la ley de amor que pone en marcha los astros y que mañana puede hacer florecer en este desierto una inmensa selva viviente. ¡Ven! Te daré la tranquila alegría, te curaré de tus dudas; mi carne es un mar de olvido. Te conduciré á las soberbias ciudades donde los sabios te enseñarán que no hay nada sobre mí, en quien nace y muere la causa del mundo.

—¡Impía! ¡sacilega! ¡maldita!—vociferó Antonio, y se levantó.

La mujer estaba siempre inmóvil, pero nuevamente parecía desnuda. La golpeó con todas sus fuerzas.

—¡Malvada!—gritaba;—no quiero la vida que tú das, y detesto la alegría que proviene de tus besos. Tengo sed de las infinitas dulzuras del paraíso, quiero beber en el torrente sagrado, y tú me ofreces el arroyo de cieno en que te revuelcas. ¡Vete, putefracción, inmundicia de Satanás!

La cuerda giró otra vez, cayó, se levantó y volvió á caer de nuevo.

—No me pegarías—parecía decir ella—si yo no fuese más fuerte que tú.

Habiéndola mirado él, notó que estaba magullada y que lloraba. La cuerda se escapó de su mano entreabierto, y cuando iba á ponerse de nuevo á orar, pudo ver las llagas que su cólera había hecho extenderse y abrirse en una mística floración de rosas. Estaba ella completamente cubierta como con un suntuoso vestido de primavera, y á cada instante nacían otras rosas en todo el cuerpo.

—¡Ah!—dijo el santo desanimado!—¡Dios no me sostiene ya!

Las rosas continuaban floreciendo. Había un mullo lecho bajo los pies de la doliente criatura.

Entonces el solitario dudó amargamente, abrió la puerta y salió.

Concluía la noche. Un pesado silencio entristecía el desierto, y ante él, en la inmensa llanura, no había otro testimonio de vida que el viento fresco que venía del mar próximo y que inclinaba al pasar las escasas

ca de lo que el hombre debe creer del orden desconocido llamado Dios, y de lo que debe hacer para ser perfecto á su modo.

P.—¿Qué es la Iglesia ó secta?

H.—El conjunto de hombres que convienen en creer y practicar una religión determinada. Entre sí se llaman Iglesia, pueblo de Dios, pueblo fiel, pueblo santo, etc.; y á las iglesias que no están con ellos las llaman sectas.

P.—¿Cuántos sistemas religiosos hay en el globo?

H.—Son innumerables. Los principales son los cristianos, con 560 millones de creyentes; los mahometanos, con 230 millones; los judíos, con diez millones, y los paganos, con 700 millones.

P.—¿Qué orden tienen de antigüedad?

H.—Las religiones más antiguas son las indias, de origen desconocido: el budismo, el paganismo, y, por último, el judaísmo, del cual son dos ramificaciones diferentes el cristianismo, que da origen á nuestra Era, y el mahometismo que da origen á la Era de los musulmanes.

P.—¿Has dicho que hay 560 millones de cristianos en una sola iglesia?

H.—No, señor; se dividen en varias sectas, siendo las tres principales la católica, con 260 millones; los cismáticos griegos con 124 millones; los protestantes con 185 millones.

P.—¿Según esto hay tres iglesias cristianas solamente?

H.—Estas son las tres ramas principales, que luego se ramifican nuevamente en nuevas sectas enemigas entre sí.

P.—¿Qué lazos tienen entre sí estas sectas?

H.—El lazo de proceder de un mismo origen y de odiarse de muerte unas á otras.

P.—¿Qué ocurriría en el mundo si triunfase el poder de una Iglesia, por ejemplo, la católica?

H.—Que sus doscientos cincuenta millones de fieles matarían á los 1.300 millones restantes de la humanidad, ó sea que cada católico mataría á siete hombres para dejar establecida la *unidad católica* en el mundo.

P.—Y cuando hubieran quedado ellos solos, ¿qué harían?

H.—Seguirían matándose unos á otros.

P.—¿Hay algunos ejemplos en la Historia?

H.—Sí, señor. La matanza de los arrianos, la de los albigenses, la de los hugonotes, la de los templarios, la supresión de los jesuitas, las guerras civiles de España, Italia y Francia y otras muchas.

P.—¿No fueron guerras entre herejes y ortodoxos?

H.—No, señor; todos eran católicos el día antes de reñir; todos son herejes, unos para otros, al estar riñendo.

LECCIÓN VI.—DE LA MORAL RELIGIOSA.—
LOS MANDAMIENTOS DE DIOS Y DE LA IGLESIA

PADRE.—El Catecismo oficial dice que hay Mandamientos de Dios y de la Iglesia. ¿Qué sabes de ello?

H.—Que los mandamientos cambian á cada paso. Primero hubo el Decálogo solamente; luego vinieron los innumerables mandamientos del Deuterono-

mio y otros libros. Lo que pasó en la secta judía, ocurrió en la secta cristiana y en la católica.

P.—¿Cómo explicas esto?

H.—Cristo en el Evangelio redujo todos los preceptos de la ley á uno sólo: amar á Dios en el prójimo. Los apóstoles en el concilio de Jerusalén añadieron el precepto de no comer carnes de animales ahogados y no fornicar. Los cánones apostólicos pusieron otros nuevos. El Catecismo puso luego el decálogo de Moisés y el quincálogo de la Iglesia de ayunos, confesiones, comuniones, diezmos, misas. Luego se añadieron cánones innumerables.

P.—¿Quién conoce el dogma y moral de la Iglesia?

H.—Nadie, ni el Papa mismo, pues el uno desmiente al otro y el de atrás corrige y anula lo que enseñó el de adelante.

P.—¿La moral católica es la moral cristiana del Evangelio?

H.—No señor. En el Evangelio no se habla de ayunos, se prohíben las ceremonias eclesiásticas, se reprueba el culto de los santos, el odio, la persecución, el juicio, la violencia, las riquezas, la usura, la jerarquía, el clero mercenario, los frailes y otras muchas cosas.

P.—Si no se funda en el Evangelio ¿dónde se funda el clero?

H.—En el judaísmo y el paganismo.

P.—¿Y los frailes y monjas?

H.—Los frailes proceden de los bonzos de la China, y las monjas de las Vestales de Juno.

P.—¿Y el traje clerical de donde procede?

H.—De todas partes. El manto, procede de la magistratura romana; la corona, de los sacerdotes de Júpiter; el sayal franciscano, de los mendigos del siglo XIII; la corneta de las Hijas de la caridad, del traje campesino de la Vendée; la mitra, del sacerdote de Tibet. Y así de todas las prendas.

P.—¿De dónde procede el celibato?

H.—De las religiones paganas. San Pablo llamaba leyes de Satanás á los que prohibían á las gentes casarse.

S. P. O.

(Continuad.)

De cárceles y presidios

¿Que si estoy conforme con el giro que ha tomado la campaña que algunos periódicos sostienen en pro de la Reforma Penitenciaria? No. ¿La razón? Que no dan de lado á los convencionalismos.

Hay que apuntar á la cabeza y hablar claro. ¿No se hace así? Pues entonces que el corneta dé órdenes toque alto el fuego para no agravar la situación de los indefensos.

Las campañas anteriores dieron su fruto; ésta, de continuarla como va, dará un fruto amargo para los desgraciados que de palabra ó por escrito se atreven á protestar de las injusticias que con ellos se comete en esos antros que para escarnio de la justicia se llaman centros de corrección.

Y como el papel de capitán araña no es el que mejor cuadra á mi manera de pensar, voy á decir yo lo que otros han

debido decir ya. ¿Quién es el actual director de la cárcel Modelo? Si preguntamos á algunos de los socios de los casinos de Ocaña y A'calá de Henares, seguramente que la contestación no sería del agrado del actual ministro interior de Gracia y Justicia. Pero no; no hacen falta testimonios de nadie; los dá el expediente que de Navarro de Valencia obra en la Dirección general de Prisiones.

Vea usted, Sr. Canalejas, si en él hay una nota que incapacite al actual director de la *Modelo* para ascender. Y si fuese así, ¿en qué situación queda el Presidente del Consejo de ministros que en el Senado defendió la moralidad de ese empleado?

Pida, pida el Sr. Canalejas el expediente, léalo, y diga entonces en justicia y en conciencia, si ese señor debe dirigir la cárcel Modelo.

ANSELMO SANTA CATALINA

Notas al Catecismo

El proyecto de *Catecismo* ha despertado en el Profesorado racionalista español el interés que esperaba del entusiasmo y mentalidad de estos campeones de la cultura nacional.

Han empezado á llegar escritos con atinados comentarios que se irán publicando á medida que lo consienta el espacio que tan benévolutamente cede EL MOTIN á esta obra que cercena á sus lectores algunas páginas de la gracia y sal de la sátira riente, para llenarlas de severa prosa. Este servicio es uno de los que España deberá añadir á la cuenta de los más señalados que está prestando este semanario.

A todos los comunicantes les ruego muy encarecidamente que, en sus comentarios, procuren suprimir toda frase que no vaya directamente *al grano*. Me halagan los parabienes, es cierto; pero la dificultad y gravedad de la labor no nos da tiempo para restarlo á la principal cuestión.

Tengan por bien sabido los colaboradores, que gozan de una libertad absoluta para emitir sus opiniones, por contrarias que sean á lo que yo pudiera decir. No se trata de buscar simplemente la *aprobación*, sino el *contraste* de las doctrinas, hecha total omisión de las personas y atentos ÚNICAMENTE al bien del ALUMNO, á quien no hay derecho de arrastrar á prejuicios, ni de punzar sentimientos, ni de ocupar su atención con cuestiones inútiles.

Debemos trabajar en esta obra, no sólo con respeto profundo, sino con verdadera adoración (por no haber otra palabra superior) del sagrado derecho del alumno, administrando con extrema avaricia: SU TIEMPO (no sea que por ocuparle en una futilidad le robemos un minuto que, aplicado á otro estudio, podría serle útil); SU ENERGÍA MENTAL (que al gastarla en una de estas cuestiones con exceso, le resta parte de la que necesita para otras asignaturas); y su ENERGÍA SENTIMENTAL (no excoitándolo entusiasmos que son perniciosos y mórbidos, cuando no son necesarios y provechosos).

Para evitar trabajo á los comentaristas.

tas, pareceme conveniente hacer prece-
der las preguntas con un número de
orden, cuya cita evitará las repeti-
ciones.

Quedo muy agradecido á esta coope-
ración en una empresa realmente titá-
nica.

Si logramos llevarla á cabo, habre-
mos realizado una grande obra. Apor-
tando todos nuestro trabajo, nuestra
experiencia y sobre todo nuestro gran
deseo, el librito representará, no el tra-
bajo de una vida, sino el de los años
que sumarian los de todos los colabo-
radores.

Sean, pues, lo más severos posibles
en castigar ideas, frases, orden, pala-
bras y giros.

Una sola palabra que llegue á poder-
se suprimir, representa un servicio so-
cial muy grande, pues evita el esfuerzo
neumónico de los millares de niños
que habrían de trabajar por retenerla
y el tiempo que los maestros necesita-
rían para repetirla y explicarla.

Pareceme que la norma debe ser la
armonización de estas reglas: *Todo lo
necesario; nada supérfluo; lo más gráfico,
lo más corto y lo más claro posible.*

Un adjetivo de más, debe considerar-
se como una herejía y como un atenta-
do contra el derecho del niño. Deba-
mos trabajar esta obra, no consideran-
do el trabajo de un niño aislado, sino
suponiendo que este *Catecismo* va á ser
el texto de sesenta millones de niños
(tal es nuestra ambición). Imaginando
realizado este deseo, suponiendo que
el estudio y retención de una sola pa-
labra consume á cada niño un segun-
do, tendremos que con solo la supre-
sión de una palabra, ahorramos al tra-
bajo nacional sesenta millones de se-
gundos; un millón de minutos: más de
dieciséis mil horas de trabajo mental,
que calculado á jornal de seis horas
diarias, nos da cerca de *tres mil días*, ó
sea, una economía equivalente á *NUVEVE
AÑOS* de trabajo mental.

Digo esto para que mis queridos co-
laboradores sepan apreciar el gran va-
lor de una hora que ellos dediquen al
estudio de esta supresión, y que nos da
esta respetable ecuación, significando
por *M* el trabajo de una hora del maes-
tro y por *N* el del alumno:

1 m — 16.666 n.

Este trabajo no nos lo pagará el Es-
tado. Ni siquiera nos lo pagarán los ni-
ños. Bastanos el pago de nuestra con-
ciencia, de contemplarnos ayudas invi-
sibles de esos *trabajadorcitos*. ¡Y á la
obra!

Por esos púlpitos

Un padre Ludovico, que sermonea
en Vitoria, dice «que la libertad está
preparando la guerra y que ya los hom-
bres no se baten por una dinastía, ni
por un rey, ni por un presidente de Re-
pública. La guerra que nos amenaza es
de clases, pobres contra ricos».

«Se acabaron las cuatreladas, se aca-
baron los movimientos á lo Sagunto.
Ahora se presenta la guerra más cruel,
más honda, más desesperada, de los
que sienten hambre contra los que sien-
ten hartura.»

Y el remedio que para todo esto se
le ocurre «es acudir á Cristo para que
venga á vuestras almas y poner sobre
nuestro corazón el Escapulario que ele-
va y dignifica».

No dudo de la eficacia del remedio;
por el contrario, creo que cuando se
tiene hambre, no hay nada mejor para
satisfacerla que ponerse un escapulario
sobre el corazón. Por esto me extraña
tanto que anduvieran los clérigos tan
afanosos buscando con dos meses de
anticipación fondas y hoteles para los
eucarísticos.

Respecto al otro punto, el de que la
guerra próxima será entre los que tie-
nen hambre y los que están hartos, ala-
banzas antes que censuras deberían te-
ner los clérigos para esa guerra; pues,
si no estoy mal enterado, creo que Cris-
to se interesaba más por los hambrien-
tos que por los que comían.

Verdad es que como los únicos que
comen ahora son los clérigos, serían
los primeros que pagasen el pato, con
gran contentamiento de éste su atento
servidor y capellán.

Memorias de un confesor

Una que sabe teología

Cuando aquella mañana penetré en
la sacristía, ya estaba en su mesita el
colector D. Próspero. Con su rudeza
habitual, sin mirarme y sin contestar
á mi saludo, me dijo:

—Tiene usted la misa á las nueve.
Y puntualidad, ¿eh?... Porque usted en
metiéndose en el confesonario ya no
sabe salir.

El sacristán, alias *Chupón*, se acercó
á mí, y lanzándome al rostro un vaho
asfixiante de aguardiente, murmuró
por lo bajo:

—Hoy viene de malas... No le contra-
diga usted... Ya ha pegao dos tortas á
los monaguillos.

Cogí mi bonete y salí á la iglesia. En
torno de mi confesonario había ya va-
rias penitentes; entre ellas la inevita-
ble doña Rufina, la de la pollería *rigla*,
la viudita escrupulosa y la señora gor-
da de los suspiros. Como todos los días
decían lo mismo, sin variar un ápice
me recliné en el fondo del confesona-
rio, y cuando terminaba el sonsonete,
mi mau trazaba en el aire una abso-
lución, y hasta el día siguiente. El tí-
bre de voz, y el olor especial de cada
aliento (los confesores tenemos un ol-
fato íntimo), me indicaba la persona-
lidad de la que se confesaba, aunque
no la viera. Una tras otra fueron des-
filando hacia el comulgatorio; nadie
acudía á la rejilla; la mañana avanza-
ba y el sol comenzaba á filtrarse por
los policromados ventanales. Abro mi
breviario y dormito dulcemente.

De pronto, ese *frou frou* indefinible
que produce un vestigio de seda, des-
pierta mi atención. Una sombra alta,
esbelta, cruza presurosa ante mí; vuel-
ve á pasar; se arrodilla inquieta junto
al vacío confesonario del *Padre*. Pasa
un cuarto de hora; llama á un mona-
guillo, cuchichea con él, hace un gesto
de asombro y me mira; yo bajo los
ojos. La dama vuelve á mirarme; yo

adopto un gesto compungido de un
candor angelical y *riso*... Por fin se le-
vanta, cruza la nave haciendo larga ge-
nuflexión ante el altar mayor y se co-
loca en la rejilla derecha de mi confes-
ionario. Oigo dos golpecitos y abro la
portezuela.

—Padre, ¿podría usted confesarme?

—Con mucho gusto, hija mía.

—No sé qué me pasa... Como nunca
me he confesado con usted...

—¿Y eso qué importa?

—Es que yo tengo confesor fijo... Es
el *Padre* de enfrente... ¡pero me ha di-
cho el monaguillo que hoy no viene,
porque ha ido á Toledo á casarla á la
condesa de X...

—¡Ah!—dije yo por decir algo.

—Aunque de todos modos no me hu-
biera confesado con él... Sí, esto ha sido
providencial... Dios es demasiado bue-
no para mí...

—Tranquícese usted y alivie el peso
de su conciencia.

—Usted, padre, como no me conoce,
me juzgará muy mal por lo que le di-
ga; pero yo llevo casi siempre una vida
muy ajustada; él me tiene por una san-
ta, porque sólo sabe mis pequeñas fal-
tas, pequeñeces, las ñañerías de la vida
devota, pero ¡si él supiera!

—Hija, me alarma usted. ¿Acaso le
oculta usted sus pecados graves? ¿Hace
usted malas confesiones?

—Oh, nunca! Dios no lo permita.

—En ese caso, la verdad...

—Es que con el Padre sólo voy cuan-
do tengo culpas leves, pero cuando...
No; por nada del mundo perdería yo
la buena reputación que él tiene de mí.
Tantos preámbulos comenzaban á
molestarme y corté por lo sano.

—Vamos, hoy, por lo que veo, es cosa
de culpa grave... ¿Y cuál es ésta?

—Padre, un pecado muy feo, aunque
no nuevo en mí. ¡Si el padre lo supie-
ra! Sólo al pensarlo tiemblo...

—Ahora el Padre no la oye... Hable
usted, haga su confesión y purifique
su alma lo más pronto posible.

—Yo soy casada y tengo hijos, aun-
que pequeños. Cumplo bien con los
deberes de mi estado, menos algunas
veces.

—Siga usted.

—Mi esposo tiene un hermano que
estudia para militar en una academia
próxima á Madrid. Es joven, alto, muy
impetuoso y muy guapo...

—Adelante.

—Pues es el caso que todas las fiestas
viene á pasarlas con nosotros. ¡Como
está tan cerca la academia!

—¿Y qué más?

—Pues que siempre que viene, pues...
eso... defendemos á mi esposo.

—¿En qué sentido?

—Pues en que... ¡Ay, padre! Me muero
de vergüenza al decirlo... Pues pecamos.

—¡Ave María!... ¿Y hace mucho que
dura eso?

—Dos años.

—¿Y usted por qué no corta esas re-
laciones? ¿De qué le valen las confesio-
nes si no huye usted la ocasión del
pecado?

—No puedo huirla; porque yo no pue-
do evitar el que mi cuñado venga á
casa, y que pase en ella las vacaciones...

—Pero usted sabiendo lo que pasa
debiera evitar su presencia, pensar
algo...

—Padre, yo no voy á decir á mi mari-

do que eche de casa á su hermano, porque... No, padre; la ocasión de pecado no hay obligación de evitarla, cuando de ella ha de venir escándalo y descrédito al que se halla en ella, la más leve indicación en este sentido sería revelar nuestra culpa á mi marido y...

—¿Pero quién le ha dicho á usted estas cosas?

—Yo que las he leído en una teología en castellano que tiene mi esposo en la librería.

—¿Y no ha leído usted allí que está cometiendo un pecado gravísimo de adulterio y de incesto?... Ya que no pueda usted evitar la presencia del cadete, evite usted la culpa. Eso sí puede hacerlo...

—Yo sí quiero, padre, pero él no... No atiende á razones; me sigue, me abruma, no me deja en paz un minuto, y yo acabo por caer en la tentación.

—¿Y no siente usted escrúpulo de esta conducta que sigue, mientras su confesor, el padre ese á quien tanto teme usted, la tiene por una santa?

—Es que yo he leído en aquella teología que se pueden tener dos confesores; me lo sé de memoria; está en una nota y dice: «El sabio teólogo P. Escobar, de la Compañía de Jesús, afirma que es lícito tener dos confesores, uno para los pecados mortales y otro para los veniales, á fin de mantener su buena reputación con su director ordinario.» (Moral Teológica, tomo VII, pág. 135) Por eso estoy tan tranquila.

—Eso será entre los jesuitas.

—Y en todas partes; porque el P. Escobar está aprobado por Roma. ¿Qué me dice usted?...

—Que procure, mejor dicho, prometa no reincidir en su culpa, ni leer más teologías, y que voy á darle la absolución.

En aquel momento el sacristán *Chupón* se acercó al confesonario, infestándolo de un olor á anís agrio, diciéndome:

—Dispense... Son las nueve y cinco, y D. Próspero está que echa las muelas; vaya usted á decir misa...

Me levanto, y la penitente *teóloga* me besó la mano con santa fruición. ¡Parecía una santa!

FRAY GERUNDIO

Reforma de la "Gaceta"

Propongo á los gobiernos democráticos que, durante su mando, encabecen los números de la *Gaceta* con este *parte oficial*:

«Su Santidad el Papa Pío X, y su familia pontificia de nuncios, obispos, frailes, monjas, cristianos, curas, amas, etcétera, continúan sin novedad en sus excelentes negocios de presupuestos, testamentos y demás cosas buenas.

Asimismo continúan sin novedad en el hambre, opresión, emigración y pago de tributos, los bragazas españoles.

Otro parte oficial

Eugenio Noel, la Asociación de la Prensa, la de Escritores y Artistas y el Ateneo siguen sin novedad; éstas en sus casas y aquél en la cárcel.

SANTA BAYA DE CRISTAMILDE

I

Doña Micaela de Ponte y Andrade, hermana de mi abuelo, tenía los demonios en el cuerpo, y como los ejercicios no bastaban á curarla, decidióse en consejo de familia, que presidió el abad de Brandeso, llevarla á la romería de Santa Baya de Cristamilde. Fuimos dándole escolta yo y un criado viejo. Salimos á la media tarde para llegar á la media noche, que es cuando se celebra la misa de las endemoniadas.

II

Santa Baya de Cristamilde está al otro lado del monte, allá en los arenales donde el mar brama. Todos los años acuden á su fiesta muchos devotos. Por veces á lo largo de la vereda hallase un mendigo que camina arrastrándose, con las canillas echadas á la espalda. Se ha puesto el sol, y dos bueyes cobrizos beben al borde de una charca. En la lejanía se levanta al lado de los perros vigilantes en los pajares. Sale la luna y el mochuelo canta escondido en un castaño. Cuando comenzamos á subir el monte es noche cerrada, y el criado, para arredrar los lobos, enciende un farol. Delante va una caravana de mendigos; se oyen sus voces burlonas y descreídas; como cordón de orugas se arrastran á lo largo del camino. Unos son cegos, otros tullidos, otros lazarados. Todos ellos comen del pan ajeno. Van por el mundo saculando vengativos su miseria y rasgando su poder á la puerta del rico avariento; una mujer da el pecho á su niño, cubierto de lepra; otra empuja el carro de un paralítico; en las alforjas de un asno viejo y lleno de mataduras van dos monstruos; las cabezas son deformes, las manos palmípedas.

Al descender del monte, el camino se convierte en un vasto arrenal de áspera y crujiente arena. El mar se estrella en las restingas, y de tiempo en tiempo una ola gigante pasa sobre el lomo deforme de los peñascos que la resaca deja en seco; el mar vuelve á retirarse broando, y allá en el confín vuelve á erguirse negro y apocalíptico, crestado de bellones blancos; guarda en su flujo el ritmo potente y misterioso del mundo. La caravana de mendigos descansa á lo largo del arrenal. Las endemoniadas lanzan gritos estridentes al subir la loma donde está la ermita y cuajan espuma sus bocas blasfemas; los devotos aldeanos que las conducen tienen que arrastrarlas. Bajo el cielo anubarrado y sin luna, graznan las gaviotas. Son las doce de la noche y comienza la misa. Las endemoniadas gritan retorciéndose:

—¡Santa tiñosa, arráncale los ojos al abad!

Y con el cabello desmadejado y los ojos saltantes, pugnan por ir hacia el altar. A los aldeanos más fornidos les cuesta trabajo sujetarlas; las endemoniadas jadean roncadas, con los corpiños rasgados, mostrando la carne lívida de los hombros y de los senos; entre sus dedos quedan enredados manojos de cabellos. Los gritos sacrílegos no cesan durante toda la misa.

—¡Santa Baya, tienes un can rabioso que te visita en la cama!

Terminada la misa, todas las poseídas del mal espíritu son despojadas de sus ropas y conducidas al mar, envueltas en lienzo blanco. Las endemoniadas, enfrente de las olas, aullan y se resisten enterrando los pies en la arena. El lienzo que las cubre cae, y su lívida desnudez surge como un gran pecado legendario, calenturiento y triste. La ola negra y bordeada de espumas se levanta para tragarlas, y sube por la playa, y se despeña sobre aquellas cabezas greñudas y aquellos hombros tiñentes. El pálido pecado de la carne se estremece, y las bocas sacrílegas escupen el agua salada del mar. La ola se retira, dejando en seco las peñas, y allá en el confín vuelve á encrespase cavernosa y rugiente. Son sus embates como las tentaciones de Satanás contra los santos. Sobre la capilla vuelan graznando las gaviotas, y un niño, agarrado á la cadena, hace sonar el esquilon. La santa sale en sus andas procesionales, y el manto bordado de oro, y la corona de reina, y las ajorcas de muradana resplandecen bajo las estrellas. Prestes y monagos recitan gravemente sus latines, y las endemoniadas, entre las espumas de una ola, claman blasfemas:

—¡Santa tiñosa!

—¡Santa rabuda!

—¡Santa salida!

—¡Santa preñada!

Los aldeanos, arrodillados en la playa, cuentan las olas: son siete las que habrá de recibir cada poseída para verse libre de los malos espíritus y salvar su alma de la cárcel oscura del infierno: ¡son siete, como los pecados del mundo!

III

Al amanecer volvimos á tomar el camino ya de retorno. Oíase lejano el canto de otros romeros que iban por los atajos. Mi tía no daba tregua á los suspiros, unos suspiros largos y penetrantes, de vieja histérica. Murió á los pocos días tan cristiana, que sus sobrinas todavía recuerdan edificadas el milagro.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

La protección á la infancia

En un diario neo se publica la noticia y fotografía de una misa á la que la Sociedad Protectora de la Infancia ha obligado á asistir á sus *protegidos*, formando *bataillon infantil*.

La cosa tiene gracia y encierra todo un programa de *protección explotadora* de la infancia.

Se le enseña á manejar el fusil, y una vez aprendido esto se lleva los niños á *render armas al cura*, que les señalará el blanco sobre el cual deben disparar el fusil; y el blanco somos nosotros, los *perros liberales*.

Buena educación: comuniones y ros, ó sea los consabidos: «trabuco y escapulario».

EN TOLEDO

Dos conferencias dió Pey en Toledo: en una de ellas se propuso como conclusión práctica la *Liga* de los liberales para fomentar los *actos civiles*.

En la otra se propuso la fundación de una *escuela neutra*. La proposición fué adoptada y quedó abierta la lista de padres suscriptores.

¡Adelante, toledanos!

Unión y ¡a ellos!

Los dioses, los cleros y el pueblo

EXTRACTO DE LA CONFERENCIA DE PEY ORDEIX EN TOLEDO EL 23 DE JULIO DE 1911:

La Vida eterna

Sobre la débil planta coloca el arquitecto su mole de piedra y sus monumentos de bronce. La planta que se creyó aplastada, con el trabajo invencible y lento de sus raíces va minando el suelo hasta aparecer á flor de tierra. Con sosegada y paciente labor va recogiendo de las estaciones los tesoros de vida. Pasan los años; el formidable monolito va royéndose; el óxido va penetrando la corteza de la estatua que pierde sus perfiles; luego desaparecen sus relieves; se cuarteja la estatua, se derrumba; sobre el montón de ruinas extiéndese triunfante y victoriosa aquella planta.

Las lagartijas, el escuerzo y el grillo recobraron la finca de que habían sido desalojados.

Porque todo artificio tiene como enemigo invencible el tiempo; sólo la vida que se renueva periódicamente y que saca de la muerte nuevo vigor para las futuras generaciones, sólo ella es eterna en la superficie del planeta.

Los dioses nómadas

Esta lección de la historia se encuentra escrita en este cerro de Toledo como en un monumento del cual son letras y palabras sueltas esos monumentos que lo pueblan.

Por él han pasado varias civilizaciones con sus artes, fiestas, costumbres y religiones; los convencionalismos han pasado; de la aparición y desaparición de unas y de otras son testigos esas plantas, esos insectos, esos reptiles y esas aves que vivieron en él sin interrupción de linaje, y es también testigo el pueblo toledano, la raza indígena que primeramente abrió sendas, desalojó de fieras los bosques, levantó chozas y se consustanció con el suelo amasando la tierra con el sudor de su frente, alimentándose de sus frutos, estableciendo el comercio é intercambio entre la inteligencia trabajadora y la tierra trabajada.

Seguramente aquí estáis los descendientes legítimos de aquellos indígenas envejecidos ya en el cultivo de estos campos cuando Marco Tulio trajo el dominio romano; allí estáis vosotros, viviendo en el germen de vuestros antepasados, cuando, adaptados ya á la vida de Roma, establecieron acá su dominio los alanos en el siglo v; vuestros

antepasados verían levantar el trono de Leovigildo en el siglo vi y la penetración de los árabes en el siglo viii y la conquista de Alfonso VI en el siglo xi y el reputo de su capitulidad hecha por Felipe II en el siglo xvi, para osificaros, por así decirlo, en esa forma de vida que habéis arrastrado hasta el presente.

Ved ahí la observación que quería traer á vuestra atención: las grandes revoluciones y transformaciones que han causado estos sucesos en el conjunto de los siglos, las cuales demuestran que, así como para el individuo no hay dos días ni dos momentos iguales, así tampoco los hay para la humanidad que está en evolución continua.

Y esto quiero haceros notar para alentarlos en la batalla que unos pocos estáis sosteniendo en esta época, en Toledo, contra ese poderoso enemigo llamado clericalismo, establecido en esta ciudad como en su Meca Mahoma y como en su Roma los papas, sirviéndole de baluartes esos gigantescos edificios que á primera vista parecen inexpugnables, y que, sin embargo, vosotros véis caer y derrumbarse poco á poco, sin que valgan á sostenerlos las reparaciones y apuntalamientos.

Esos mismos monumentos os lo dicen: nada de ello es eterno y todo ha de pasar; y sobre las ruinas de catedrales, basílicas, conventos y palacios, verificará sus danzas el pueblo y fabricarán en los cuerpos de las imágenes sus nidos los reptiles y la yerba crecerá sobre las piedras que hoy coronan los cimborrios.

Pueblo Toledano: no temas los santos ni los dioses. Tú los has visto establecerse en tu ciudad y los has visto desalojados de ella. Son simples inquilinos á quienes un día acoges y á quienes desahucias otro día.

Ahí tenéis las mezquitas donde se sentó Mahoma que se ve arrojado de ellas hace muchos siglos. Ahí tenéis las sinagogas en donde tronó la voz sináica del Jehová que crucificó á Cristo, sirviendo de altar al crucificado: ahí tenéis los templos del zapatero San Crispín, alzándose tranquilo sobre el solio del formidable Júpiter.

El Pueblo, único propietario permanente mientras dure la vida de la humanidad, es el que alquila y desalquila á los dioses sus templos, el que asiste á sus disputas y falla sus pleitos; y ora ensalza al uno, ora desahucia al otro, ora les enaltece en las cúpulas de los alcázares, ora utiliza sus estatuas para gárgolas de sus tejados, ora se arroja aterrorizado ante sus imágenes, ora hace de sus cabezas bolos y pelotas para los juegos de sus plazas.

Las tumbas de los Dioses

No temáis, pues, al enemigo; está condenado á muerte y está muriendo. En el claustro de San Juan de los Reyes, he visto macabramente erguidos los cuerpos de santos descabezados: á la entrada del puente yérguese como espantajo la estatua de un rey, símbolo de la tiranía histórica; y ha pasado la historia, y la Tiranía tiene roídos los ojos y el rostro, no menos que la estatua que la simboliza con gesto deforme.

El tiempo va trocando en escenas de espanto las sonrisas que el escultor dibujara en los labios de los Beatos y convierte en risas las muecas que grabó en las figuras de diablos.

La Inquisición

Todo se pasa, hasta el clericalismo.

Sí, se pasa; yo, condenado por la Inquisición como relapso, en pleno poder del gran inquisidor que hace un mes paseó por Madrid su soberbia, haciendo girar á su derredor toda la vida nacional; yo, condenado por él á ser quemado, he visitado esta mañana los calabozos de la Inquisición y he estado en la capilla, y aquí me tenéis á estas horas entre vosotros, haciendo escarnio del inquisidor, impotente para llevarme al brasero.

La comedia eucarística

¿Dónde tiene el inquisidor los cañones, las bayonetas y las espadas que se rindieron á su paso por la Corte? Ahí lo terás: aquello era una falsedad y una comedia. Aquellas armas no se le rinden; dé su voz de mando al patriarca; toquen á rebato todas las campanas de España, prorrumpen en un toque de guerra las orquestas todas episcopales y los órganos de las cien mil iglesias.

Rujan arengas los dominicos y jesuitas, atruenen los espacios con sus vivas y muera; y, sin embargo, las bayonetas están quietas y envainadas las espadas y mudos los cañones; y si el inquisidor trata de cerrar la puerta de la Hermandad para hacerme prisionero suyo, la estaca del posadero derribará su báculo; y esas tropas que le rindieron honores volveránse contra él y contra sus turbas de canónigos, frailes y cofrades para condenarle á él á oír mis ataques y para ampararme á mi en mi derecho.

¿Dónde está el Inquisidor?

No he encontrado al inquisidor en la sala de la Inquisición para interrogarme, y esperaba encontrarle aquí en esta sala para interrogarle yo. Aquí vine provisto de las pruebas acusatorias del proceso que voy á hacerle; vedlas aquí: son hojas arrancadas del *Braviario Toledano*, conteniendo las confesiones solemnes que hace, cantando, el propio cardenal en las fiestas de sus iglesias, á coro con los canónigos y cantores; y no las hace una vez, sino que las repite todos los años y las repiten todos los clérigos y monjas del obispado, so pena de *no hacer suyas* las rentas de los beneficios que cobran.

Proceso al Inquisidor

Ellos lo dicen en latín, para no tener que avergonzarse ante los castellanos; y tales cosas confiesan y declaran, que bien merecerían vuestra compasión estos desgraciados forzados á sacarse á sí mismos las vergüenzas y á cantar con música sus acusaciones, si no hubiesen aprendido el oficio de poner precio á estas mismas confesiones vergonzosas, después de las cuales corren á divertirse.

Ya que no han venido á honrar esta conferencia el cardenal y sus adláteres, á vosotros, que tendréis ocasión de verles y de hablarles, os diré para que se lo repitáis, lo que les diría á ellos, pues conviene mucho que ellos sepan que el pueblo de Toledo sabe en castellano estas cosas que ellos cantan en latín.

hierbas colocadas entre las piedras secas ya por el sol.

J. T.

El ejemplo de la desamortización

El poderío temporal de la Iglesia se ha manifestado más que en cualquiera otra esfera en la esfera económica; desde las primeras colectas en las tribus pastoriles para contribuir á los gastos de la nueva propaganda, hasta el actual Tesoro de San Pedro, han desfilado por las sagradas arcas una serie interminable de millonadas.

Realmente, una organización de esencia burocrática como es la eclesiástica, necesita grandes dispendios para su sostenimiento; no es de extrañar, pues, que la Iglesia procurase, no sólo acumular fabulosas riquezas, sino rodearlas de ciertas circunstancias para asegurar su posesión, poniéndolas al abrigo de la humana codicia.

Así se explica la extraña transformación que sufre la moneda cuando ha de quedar al servicio del dogma católico. Un triste doblón judío amasado con la usura é impregnado de ambiente herético pasa á ser cosa sagrada cuando ingresa en las arcas del Vaticano. Nada importa la procedencia del tesoro; cualquiera es buena, ya que ha de ser purificado con el destino que se le asigna.

Al influjo de esa moral consiguió la Iglesia incalculables fortunas. Toda España estaba en sus manos, y era asombroso ver cómo toda la riqueza rústica y urbana había pasado á poder de unos brazos que nada habían producido.

Para acrecentar su numerario, la Iglesia inventó el famoso tributo de los diezmos y primicias, tomando como reclamo el nombre de Dios y consignando como uno de los deberes más esenciales de todo buen cristiano este ineludible pago. Por varios siglos creyó la cristiandad de buena fe en la eficacia de este medio para conquistar el cielo, pero algún cristiano listo debió dar la voz de alarma contra semejante despojo, y poco á poco el mundo creyente fué cayendo en la cuenta de que la donación de una fanega de trigo por cada diez, nada tenía que ver con la corte celestial.

Hoy nadie rinde este tributo, y, sin embargo, no se atreverá la Iglesia á declarar que están condenados cuantos se olvidaron del diezmo y de la primicia sin que una sonrisa irónica asome á los labios cristianos. Este resabio feudal es rechazado por la más superficial reflexión: ¡la cristiandad se va democratizando!

Con estos sistemas de captación, Roma aseguró su imperio económico, y para que nadie osara tocar sus riquezas, ni siquiera discutir las, prodigó en todas ellas el marchamo sacrosanto. Sagradas eran las piezas de oro que ingresaban anualmente en su Tesoro; sagrado el cajón que las guardaba; sagrado el funcionario encargado de su custodia; sagrados los extensos campos, los caseríos, los vestidos, los alimentos, todo cuanto pertenecía ó tocaba á la propiedad de la Iglesia.

Y, naturalmente, en unos siglos fanáticos, ¿quién se atrevía á poner su peca-dora mano sobre tanta cosa sagrada?

El Estado fué la primera víctima de tanta piedad dominadora, viéndose restringido en sus más rudimentarias y legítimas facultades; la coacción moral que le proyectaba la sombra de la Iglesia le impedía someterlas á la tributación ciudadana. Tributaban los campos de los pobres, los feudos guerreros, las clases productoras; pero los inmuebles sagrados eran objeto de irritantes privilegios.

El entusiasmo clerical, defensor de estas aberraciones, quiere hacer resaltar, como justa compensación de esta supremacía económica de la Iglesia, las grandes limosnas que prodigaba los conventos á las clases menesterosas, ¡Estéril argumento! La Iglesia no daba nada de ella; erigida en usufructuaria de lo que no le pertenecía, quería encubrir con misericordiosas y mezquinas dádivas la injusticia de su adquisición, y aun así, nada resolvía en pro de la prosperidad del pueblo: por cada pan de centeno que repartía, le quedaban cien fanegas de trigo, que convertía en doblones.

Pero llegó el momento de la justicia; las leyes civiles comenzaron á reivindicarte en manos de un gobierno amante de su patria, y el inmortal Mendizábal, con un imperioso espíritu de equidad, cayó sobre los irritantes tesoros de la Iglesia, incorporándolos al Estado, que al fin y al cabo era de donde habían salido y adonde necesariamente tenían que volver dadas las leyes de la dinámica política, emanadas de la biología de todos los Estados.

Entonces pudo apreciarse la falsedad de las fanáticas teorías clericales; á pesar de tanta finca sagrada; á pesar de que los píos inmuebles eclesiásticos infundían una exagerada reverencia por el supuesto alto fin que llenaban, ni el firmamento se hundi6 cuando se disolvieron en las atrevidas y justicieras manos de Mendizábal, ni tembló el orbe, ni se originó el más ligero fenómeno meteorológico como castigo á la irreverencia ministerial...

Este es el ejemplo. La acumulación de un fanatismo secular que llegó á crear un estado de estúpida veneración, fué destruido en un soplo por la arrogancia de un ministro entero y justo; seguramente la Iglesia habrá fulminado contra él los más terribles anatemas, y en su furor sectario le presentará ante los ojos de la grey cristiana como un monstruo herético, tostándose las barbas en los infiernos... Por fortuna, estas puerilidades, dignas compañeras de los cuentos de duendes y endrigos, son consideradas por la reflexión científica como exteriorización de un estado bilioso y colérico que sólo producen efecto en los espíritus mediocres y pusilánimes.

Si Mendizábal se propuso y consiguió la desamortización, limitando con ello el imperio económico de la Iglesia, ¿qué inconveniente hay en que se continúe su obra y sucesivamente se vaya restringiendo la acción clerical en la esfera política, administrativa y social?

El camino está ya abierto: no falta más que recorrerlo.

JOSÉ M.^a ALBIÑANA SANZ

Un ta! Martínez, presbítero, dedica en el *Heraldo* Alavés un belicoso artículo tradicional al grito de: ¡Santiago! ¡cie-

rra España!, que hizo caer por tierra, envilecido y maitrecho, el pabellón musulmán; y todo para pedir que se reproduzca ahora ese grito contra los liberales.

Como no tuviera ahora más eficacia que entonces, medrados estaban los neos: siete siglos tardaron nuestros antepasados en arrojar de España á los que, enarbolando aquel envilecido pabellón, la conquistaron en menos de un año. Y aún llamamos á aquello la gloriosa epopeya de la reconquista.

¡Ni Manolito Gázquez!

Respeto episcopal á las autoridades legítimas

Obedite praepositis vestris etiam discolis.

He aquí cómo habla de un fiscal de Su Majestad uno de los órganos del comillismo y de la frailería:

«Nosotros, católicos fervoros, nos refomos de la oposición que á nuestras ideas y á las instituciones que defendemos hacen los contrarios. Es sencillamente ridícula, cobarde. Cuando nos ven fuertemente organizados nos respetan, perdonándonos la vida, como el portugués del cuento: cuando nos creen flojos, entonces se atreven y suelen salir con las manos en la cabeza.

«El fiscal de S. M. ha tenido, al denunciarnos, un mal momento. Ha querido congraciarse con sus jefes políticos, que ahora están renovando el personal de la Magistratura, para ver si le alcanza el ascenso. Con toda firmeza le decimos que va á tener ocasión el representante del Gobierno en los Tribunales de la Audiencia de Madrid de denunciarnos á menudo.»

Comentario.—¿Si será D. Luis Ponce de León, vocal de la Defensa Social, el autor de este artículo?... Y en tal caso, ¿en qué sastrería habrá conocido tal paño, á no ser en la sastrería judicial-católica?

He aquí cómo habla de un juez en funciones en el propio número:

«Con todas las energías de nuestra alma protestamos contra la absurda tozudez del juez de Verín. Y suponemos que este funcionario esperará á que desaparezca algún grave inconveniente que sin duda ha surgido ante él para aplicar sin pérdida de momento una práctica que por lo constante tiene caracteres de ley: la de pedir su relevo.

«La belicosa autoridad se ha empeñado en romper la disciplina, y cuando el sentimiento jerárquico se pierde hay que convenir en que se vive bajo el imperio de la anarquía. Y el juez de Verín debe ser un anarquista furibundo.»

Estos son los que declararon infalibles, sagrados y divinos á los tribunales de Barcelona que condenaron á los revolucionarios.

Estos son los obispos y jesuitas metidos á periodistas. Estos son los cofrades de Ponce de León, que, por lo visto, se proponen establecer dos jurisdicciones: la católica-inviolable y la liberal-deleznable. ¿Y la revancha?

OBRAS DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN

De José Nakens

A DOS PESETAS

MUESTRAS DE MI ESTILO.—CUADROS DE MISERIA.—D. GRADACIONES Y COBARDÍAS.—CARTAS Y DEDICATORIAS.—MI PASO POR LA CÁRCEL.—HUMORISMO ANTICLERICAL.—FUÑADO DE IRONÍAS.—LA CELDA NÚMERO 7.

A PESETA

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS (Manojos de flores místicas), primer tomo. (En prensa al 2º)

TEATRALES: DIOS, PATRIA Y REY — Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO.—OJO AL CRISTO!

**

De varios autores

A SESENTA CÉNTIMOS

ADÓNDE CONDUCE EL SOCIALISMO, por Eugenio Rícher.—LAS GALANTERÍAS DE LA BIBLIA, por Evaristo Parry.

A PESETA

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS, por R. H. de Ibarreta.—LAS RUINAS DE PALMIRA, por Volney.—CIENCIA Y RELIGIÓN, por Malvert.—EL CITADOR, por Pigault Lebrun.—LA GUERRA DE LOS DIOS, por Evaristo Parry.—LA RELIGIÓN NATURAL, por el cura Juan Meslier.—EL TESTAMENTO DE JUAN MESLIER.—LA SIMA DE IGÚZQUIZA, por Alejandro Sawa.—LA SERPIENTE NEGRA, por Gabriel Merino.

A DOS PESETAS

MORAL JESUÍTICA, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús. (Obra pornográfica.)

A CUATRO PESETAS

LA IGLESIA Y LA MORAL, por Dom Jacobus, dos tomos.

**

Biblioteca del Apostolado de la Verdad

Colección de folletos anticlericales á 15 céntimos

Primera serie

1.º LA VUELTA DE CRISTO, por José Nakens.—2.º LA Lujurria del clero, según los Concilios.—3.º EL DIABLO, por Roberto Robert.—4.º CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.—5.º EL ROMANCERO ANTICLERICAL, por varios autores (primer tomo).—6.º PUEBLO Y ARISTOCRACIA, por Pey Ordeix.—7.º HISTORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, por Narciso Campillo (primer folleto).—8.º MÓNICA SECRETA DE LOS JESUITAS.—9.º A UNA MADRE, por Ramón Chies.—10.º LA DEMOCRACIA Y LA IGLESIA, por Potvin.

Segunda serie

1.º DIOS, por Suñer Candevila.—2.º LOS MILAGROS, por Roberto Robert.—3.º LO QUE SE COMEN LOS CURAS, por Fray Gerundio.—4.º VIAJE AL INFIERNO, por

José Nakens.—5.º LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA, por Edmundo González Blanco.—6.º LA PAPISA JUANA, por Julio F. Maleo.—7.º SONETOS PIADOSOS, por varios.—8.º LAS 17 PRIGUNTAS, por el célebre teólogo Zanata.—9.º HISTORIAS DE LA CORTE CELESTIAL, por Narciso Campillo. (segundo folleto).—10.º FRAILES AL DESNUDO.

Tercera serie

LA MORAL Y LA IGLESIA.—LAS COSTUMBRES Y LA IGLESIA.—LA MISERIA Y LA IGLESIA.—LA RIQUEZA Y LA IGLESIA.—LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA.—LA IGNORANCIA Y LA IGLESIA.—EL CRIMEN Y LA IGLESIA.—LA MUJER Y LA IGLESIA.—EL CELIBATO Y LA IGLESIA.—LA POLÍTICA Y LA IGLESIA, todos por Dom Jacobus.

De El Apostolado de la Verdad hay colecciones encuadernadas de cada serie, á 1,25.

**

Colección de fieras clericales

Folletos-biografías de cabecillas carlistas.

Van publicados:

EL CURA SANTA CRUZ.—SABALLS Y CUCALA.—ROSAS SAMANIEGO Y JERGÓN.—D. ALFONSO Y D.ª NIEVES.—EL CONDE DE ESPAÑA.—CABRERA.

Cada folleto se vende suelto á quin-
ce céntimos.

**

HOJITAS PIADOSAS

¡Abren las escuelas laicas!—La mujer en la Iglesia.—¿Por qué no te confesas?—Los escapularios.—¿Católicos, alerta con las Hojas!—La Santa Misión.—La Comunión.—Acción anticlerical.—¿Clero secular, defenderte!—¡Muera Satán!—La confesión de Sor Margarita.—¿Por qué no he de ser monja?—El Santo celibato.—La Santa vocación.—María, Madre de Dios.

HOJITAS IGNACIANAS

Espíritu de San Ignacio de Loyola.—Los dolores y gozos de San Ignacio.—La dirección espiritual.

HOJITAS MORALES

Diadema de perlas.—La Santa castidad.—Mensaje del Angel de la Guarda.

HOJITAS CUARESMALES

Meditación sobre la comedia humana.—Miércoles de Ceniza.—Jesús en el Tibidabo.—Las Compañías de Jesús.—Los calumniadores de Jesús.—Las verdaderas romerías y peregrinaciones.—Cristo es arrojado del templo.—Cristo vence! ¡Cristo reina! ¡Cristo imperial!—La Santa Eucaristía.—Sermón del mandato.—¡Alleguy!

¡Aples (en catalán).

Cada cien Hojitas, de cualquier clase, 65 céntimos, y cinco pesetas el millar. La colección completa, compuesta de 34 Hojitas, 30 céntimos.

GRANITOS DE ORO

Un pliego, engomado para poder pegar cada granito donde convenga, dos céntimos.

CONDICIONES DE PAGO

El pago, lo mismo del periódico que de lo demás, debe hacerse adelantado, en libranza del Giro Mutuo ó de la Prensa (que se venden en todos los estancos), ó en letras de fácil cobro, y en último caso en sellos de Correos, prefiriendo los de *pese.a, cincuenta céntimos, ó real.*

Los corresponsales de EL MOTIN tendrán el 25 por 100 de rebaja en todo lo que edite esta casa.

LÁMINAS DE PROPAGANDA

Tiradas en cartulina al tamaño de 85 por 50 centímetros.

1.ª Auto de Fe celebrado en la Plaza Mayor de Madrid en 29 de Junio de 1680. (Cuadro de Ricci.)

2.ª Representación de algunos de los tormentos aplicados por la Inquisición.

El inquisidor general Pedro Arbués condenando á la hoguera á una familia de herejes (Cuadro de Guillermo Kaulbach.)

Precio, 50 céntimos cada una.

Al tamaño de 43 por 25.

Auto de Fe, presidido por Santo Domingo de Guzmán. (Cuadro de Berruguete.)

Fusilamiento de Rizal en Manila.

El quemadero.

El tormento de la polea.

Precio, 25 céntimos cada una.

Veinticinco por 100 de descuento á los corresponsales.

Tarjetas postales

En la semana próxima se pondrán á la venta las que se están tirando, representando cada una un tormento de los que aplicaba la Inquisición para hacer confesar á los reos.

Estoy decidido á contrarrestar por todos los medios á mi alcance la propaganda embustera, indigna y canallesca que hacen los clericales contra los defensores de la libertad en Hojitas, láminas y folletos.

Cada colección se compondrá de diez tarjetas, y se venderá al precio de 50 céntimos.